

1996

## Primera mutación de tequesta

Antonio Vera-Leon

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Vera-Leon, Antonio (Primavera-Otoño 1996) "Primera mutación de tequesta," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 44.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/44>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

Antonio Vera-León

### PRIMERA MUTACION DE TEQUESTA

De un tijeretazo un rayo de sol se abrió camino por el mosquitero. La luz dibujó su forma sobre los ojos de Lorenzo Mendieta, y no bastándole con tocar la piel de aquel hombre se le metió hasta el sueño. Después muchos vecinos confirmaron que habían pasado mala noche. Soñaron con ruidos extraños y explosiones que llegaban desde muy lejos, y casi todos creyeron oír un aguacero lento y sostenido, con vientos fríos que los hicieron desvelarse y revolcarse entre las sábanas, oliendo la humedad de la noche, esforzados por lograr otra vez aunque fuera un mal descanso. Sin despertar a su esposa, Lorenzo Mendieta salió del cuarto con los sentidos algodonados por un dolor de cabeza redondo, persistente. Coló café y abrió la gaveta del aparador buscando, como todas las mañanas, el álbum de fotos de su hija que ahora vivía en Miami. El album no estaba en la gaveta. Con las manos entorpecidas por la sorpresa anduvo por la sala buscando en los lugares donde hubiera podido olvidarlo la noche anterior por un inexplicable descuido, y así descubrió que faltaba la jaula del conejo. Pensó entonces en un posible robo perpetrado por ladrones incomprensiblemente selectivos. Se asomó al portal para buscar la jaula y fue cuando vio el mar. En ese momento creyó estar soñando, y para comprobar que estaba despierto sacó la cabeza por la ventana y le tomó el peso con la mirada a los sillones del portal y se detuvo con especial ahínco en las virutas de la descascarada pintura de los balaustres. Miró otra vez hacia el mar y como prueba definitiva de que no dormía corrió a levantar a su mujer porque sería imposible que alguien dormido pudiera realmente despertar a su mujer y hablar con ella desde el sueño. Ambos se acercaron a la ventana. Sí es el mar. ¿Cómo es que vemos el mar? Corre, vístete, hay que salir a ver qué es esto.

Y se unieron a grupos de vecinos desconocidos que recorrían las calles con el paso cauteloso de quien anda por una ciudad extraña en tiempos de guerra.

A noventa y tantos kilómetros de allí, en dirección oeste y tierra adentro, el día amaneció fácil con una suavidad imprevista en las colinas de la mañana. Los camioneros y los choferes de los ómnibus interprovinciales subieron como de costumbre las lomas que rodeaban a Tequesta pero al llegar a la cima y tomar la última curva se llevaron la sorpresa de la vida porque el pueblo no estaba

donde debía estar. En lugar de los repartos y las chimeneas de la papelera, los choferes pasaron muy despacio y asombrados junto a un campo de manigua joven. Sin creer lo que estaban viendo detenían los camiones y los ómnibus en lo que había sido el paradero de Tequesta. Giraban sobre sí dejando correr la mirada por sobre la manigua hasta llegar al lindero de un apretado bosquecito de majaguas rodeado de zarzas y después de bejuqueras. Muy al fondo, derecho al este, se encontraron con un súbito cañaveral, listo para el imprevisto corte, movido levemente por las brisas de la mañana. El tiempo los había acostumbrado a sequías inusuales o a que las nubes se desbordaran cuando no debía llover, pero nadie esperaba que de la noche a la mañana se desaparecieran de raíz calles enteras, paraderos de ómnibus, fábricas completas con la pesadez aparatosa de sus maquinarias, y que Tequesta fuera ahora un campo recorrido por el soñoliento paso de los cebús y de los bueyes. Las tres casas que quedaban, mogotes de tejas en un campo verde, atrajeron todas las miradas. Dos juntas, la tercera muy lejos junto al cañaveral.

La capital se despertó con la noticia. Se produjo un revuelo estruendoso en todo tipo de oficinas. Se movilizó al ejército. En medio del caos y del asombro, altos oficiales del gobierno, de transporte, de la oficina del censo, de salud pública, de educación, de la sede provincial del Partido, agrimensores, espeleólogos, periodistas, médicos y muchos más, incluyendo historiadores de la zona, se trasladaron en desbandada al lugar que había sido Tequesta. Un grupo de oficiales entró a las dos casas cercanas a la carretera. Una estaba completamente deshabitada. En la otra un perro dormía en la cocina y un chivo destripaba con rigor y deleite los almohadones del sofá. No se había disipado el frenazo del último jeep en lo que fuera la calle principal cuando los jefes de la carabana recibieron la noticia inexplicable desde otra de las provincias. Tequesta había amanecido en otra parte, en otra provincia. La carabana de automóviles, camiones y jeeps arrancó compacta en un solo acelerón, entre bocinazos, gritos y miradas descompuestas por lo inverosímil de los sucesos.

Algunos de los vecinos que andaban por las calles de Tequesta contemplando las fachadas de las casas con gestos de ciegos que ven por primera vez, se acercaron a los militares que llegaban al parque central con los uniformes empapados hasta la cintura y las botas llenas de arena. Los oficiales preguntaron a gritos por las oficinas del Partido sin que nadie pudiera decirles a ciencia cierta la ubicación de ese edificio.

En esa mañana los habitantes de Tequesta se desconcertaron no sólo por la cercanía del mar. Creyendo ir a la panadería se detenían ante las puertas del restaurante que ahora ocupaba el local de la antigua panadería, o los que iban a misa a primera hora de la mañana se encontraban con la cara inexplicable del heladero, incapaz de decirles donde había amanecido la iglesia. La bodega El Mundo, ubicada ahora en la esquina norte del Parque Central, ocupaba el lugar de la estación de policía, la iglesia había sido desterrada de su posición junto al ayuntamiento y en su lugar estaba la cremería. La barbería La Zafra se encontraba ahora en el local que fuera la panadería El Louvre. Esta amaneció en una de las últimas calles del pueblo y era toda un tropelaje de sacos de harina

y canastas de panes revueltos por el suelo. En medio de una nube finísima atravesada por los rayos del sol el panadero hablaba a gritos a una familia que preguntaba por la clínica del Dr. Izquierdo. En el antiguo restaurante El Faro se habían impuesto los severos escaparates de la farmacia La Reunión con su cargamento de frascos de porcelana y el hormigueo multicolor de píldoras de todo tipo. El cine El Carral indudablemente ocupaba el local de la escuela primaria. Se desconocía el paradero de la peletería Los Inmortales pero en su lugar claramente estaba la guarapería de Ulises. Este se regocijaba de que el trapiche de moler caña no se hubiera descompuesto en el cambalache e intentaba calmar al administrador de El Faro que había encontrado su restaurante pero sin mesas, sillas, ni mostradores, aunque con casi todos los pupitres de la escuela primaria y varias vitrinas del museo repletas de animales embalsamados.

Para mayor desconcierto, hubo quien se acostó en su casa y despertó en un cuarto desconocido cuyos armarios guardaban ropas y zapatos de tallas trastocadas e imposibles. Algunas señoras gordas batallaron por ajustarse pantalones muy apretados, a los flacos les bailaron las camisas en los hombros, y los de brazos cortos se recogieron las mangas en doble y triple dobleces de los puños. En las mutaciones más inexplicables y de consecuencias más sórdidas o felices hubo quien se despertó en la cama de la vecina deseada por años en silencio.

Hubo quien mejoró de casa y otros que no. De inmediato la tarea más urgente del ayuntamiento fue legalizar las permutas de los que aceptaron sus nuevas residencias o tramitar los asuntos legales de quienes quisieran regresar a sus antiguas viviendas una vez establecido el derecho a hacerlo. Otros protestaron persistentemente porque antes sus casas daban a un riachuelo y ahora tenían a su lado solares de cuartos ruidosos que prometían toques de santos los fines de semana. El estremecimiento de la mutación resquebrajó las fundaciones de las viviendas más antiguas debilitadas por la reciente temporada de lluvias y terminó de derrumbar otras que estaban apuntaladas. Las columnas de varios portales, con la mampostería rajada y las cabillas al aire, daban la impresión de estar desmelenadas. Lorenzo y Eloísa se detenían frente a esas casas a lamentar el estado de las fachadas con sus pedazos de mampostería colgante como una especie de lenguaje inservible y arruinado que se desmoronaría con el primer viento de agua.

Varias de las familias que perdieron casas se fueron a otras partes, alegres de dejar un pueblo que ya no era el mismo, pero otras se lanzaron a ocupar cuartos vacíos en casas que debían clausurarse, demandando de las autoridades que les encontraran viviendas, prefiriendo la estrechez en Tequesta a la mejoría en otros lugares. Por una coincidencia que muchos celebraron en secreto y otros lamentaron en público la mayoría de los CDR quedaron agrupados en tres o cuatro manzanas. Cuando esa tarde circuló de boca en boca la nueva dirección de la OFICODA la oficina fue asaltada por un tumulto de gente que reclamaba incrementos en sus núcleos familiares. La policía intervino y se cerró el establecimiento hasta que un censo de Tequesta estableciera la veracidad de los reclamos casa por casa.

Lorenzo y Eloísa entraron en cuanto local abierto vieron y siempre que les fue posible preguntaron por el álbum y el conejo. Primeramente se acercaron sólo a los conocidos y con timidez, pero según fue avanzando el día paraban a cualquiera en la calle, gente exasperada que como respuesta les contaba una letanía de pérdidas mayores. Por eso dejaron de preguntar y se dedicaron a buscar en silencio, asomándose a las puertas de los locales públicos, recorriendo los matorrales del pueblo, agachándose junto a los automóviles y camiones, esperando que el azar los llevara a encontrar lo perdido. Recorriendo el pueblo se percataron de la enormidad de lo sucedido y vacilaron entre la esperanza y el desconsuelo.

En las primeras noches de esta inaudita mutación hubo quien, reacio a olvidar el arreglo anterior, insistió en pararse en los portales del cine, que ahora era estar parado frente a la silenciosa entrada de la escuela primaria. En esas noches iniciales los que se pasaron de tragos deambulaban por las calles llamando a sus familiares a gritos, tocando en cualquier puerta, despertando a los vecinos para inquirir sobre como llegar a sus casas. Por hábito, mala memoria o por unos cuantos rones antes de hora, varias veces unos borrachos insistieron en entrar a beber en una oficina de contabilidad que había cerrado a las seis de la tarde.

Durante varios meses las cartas perdidas de los enamorados llegaron a destinatarios insospechados, y más de una carta al garete culminó en la suspensión de bodas y en la creación de nuevos noviazgos. Por esos trueques de papeles íntimos, se hicieron públicos los secretos de familia y los hábitos amorosos más cuidadosamente guardados, y hubo quien se valió de la situación para circular calumnias por escrito. La conmoción de los cambios benefició directamente a los carteros. En la otra Tequesta habían sido objeto de constantes burlas y bromas de mal gusto pero ahora la gente los paraba en plena calle, les ofrecía dinero o viandas como a los médicos, los invitaban a almorzar o a que se refrescaran con una limonada a cambio de la entrega de cartas esperadas o de recobrar otras ya recibidas, perdidas y comprometedoras. Claramente, pensaban los carteros, la mutación había revelado el verdadero valor de su trabajo, y a los ojos de mucha gente eran personas más importantes que los políticos, los músicos o los deportistas.

La tarea de los periódicos y de las autoridades del juzgado fue la de concertar esfuerzos para hacer públicas las listas de propiedades, certificando a los legítimos propietarios y conectando a los vecinos cuyas viviendas se habían trastocado para que se mudaran o canjearan sus pertenencias. Toda esa tarea se hizo complicada y de gran paciencia porque la mutación no perdonó los archivos del juzgado. Gran parte de la papelería legal, los certificados de nacimiento o de defunción, los títulos de propiedad, los testamentos y los documentos que detallaban deudas y empréstitos, había desaparecido o se encontraba traspapelada en un desorden tan riguroso e infernal que los investigadores llegaron a pensar en un diseño criminal.

Con el paso de los días un aire irreconocible de normalidad fue regresando a Tequesta, aunque muchos vecinos seguían paseándose por el pueblo como si

fuera turistas. Ir a la panadería era distinto a lo que había sido ir a la panadería. La gente salía a caminar a la caída de la tarde sorprendiéndose de lo cambiadas que estaban las mismas calles de siempre, las mismas fachadas que no eran las mismas. Las amistades de años se visitaban en sus nuevas casas vestidos de domingo como si llegaran a Tequesta después de largas ausencias. Se rejuvenecieron las conversaciones, cambiaron de tono y de temas, la gente hacía café o te ruso para sus amistades de siempre invitándolas con gestos formales a pasar a la nueva sala, poniendo sobre las mesas los mejores manteles, estrenando vajillas viejas que repentinamente eran nuevas. Los niños tuvieron que hacerse de nuevos amigos y era para ellos una aventura visitar a los de antes que ahora vivían en otro barrio o en las afueras del pueblo. Cuando el huracán del desconcierto primero fue amainando, todavía la gente seguía riéndose al recordar que María Teresa, la dueña de Los Catalanes, se había orinado en público parada como una estatua frente a la puerta de su tienda, sobrecogida por la transformación de la quincalla. Lo que había sido un establecimiento mal alumbrado que vendía desde boletos de lotería hasta ropa interior para mujeres, era un local repleto de gallinas y patos que habían alfombrado el suelo de pared a pared con una tortilla acuosa y pestilente de excrementos y huevos rotos.

Como todos sus esfuerzos resultaron en vano, una semana después de la mutación Lorenzo y Eloísa detallaron un plan de acción para recuperar el álbum y el conejo enjaulado. Primeramente fueron al juzgado e hicieron una declaración de la pérdida. Describieron el álbum, el color vino de las tapas de piel con la firma del fotógrafo en la que era legible el apellido —López. Fijaron el número exacto de fotos y con gusto hubieran dado una descripción pormenorizada de cada una de ellas si el secretario no los hubiera interrumpido aclarando que tanto detalle era innecesario. Llevaron una foto del conejo para que no quedaran dudas en cuanto al color del animal porque no querían cualquier conejo sino el mismo.

Una noche, después de varios días de silencio de las autoridades e inútiles paseos de su parte, sentados en el portal se convencieron de que la policía, en medio de los trastornos de la reubicación, que era como los periódicos y la radio se referían a la conmoción del pueblo, no le prestaría ninguna atención a su pedido porque la pérdida de un álbum y de un conejo no le importaría nada a nadie. Decidieron que no bastaba la gestión oficial. Compusieron un anuncio para el periódico informando a Tequesta de que buscaban un álbum de fotos y un conejo, añadiendo una descripción minuciosa de ambos. Como recompensa por la devolución ofrecían veinte libras de malanga, un racimo de plátanos, dos gallinas y veinticinco cajetillas de cigarros rubios que ellos acumulaban para cambiar por leche porque no eran fumadores.

A los pocos días de salir el anuncio comenzaron a recibir anónimos de mal gusto comunicándoles los detalles de una comelata de estofado de conejo, la utilización de la piel en monederos y hasta las pezuñas del animal para hacer llaveros. Dejaron de tomarlas en serio hasta que recibieron una nota mecanografiada cuyo tono tumultuoso claramente exigía atención: "Si quieres

encontrar lo que buscas en el parque junto a la estatua de Martí hay una mata de rosas donde verás algo. Si haces lo que te decimos y no le avisas a la policía encontrarás lo tuyo". Al leer la última palabra una mano desconocida les apretó con fuerza la boca del estómago y un pájaro veloz, negro y enorme como un dolor de cabeza se les posó en la nuca.

Lorenzo quiso llevar el machete pero Eloísa se opuso. Irían juntos al parque. Lorenzo se negó, razonando que no sabían lo que podría pasar cuando llegaran al parque y que lo mejor era que ella cerrara bien las puertas y lo esperara en la casa. Eloísa asintió pero en cuanto lo vio doblar la esquina cerró la puerta con llave y lo siguió escondiéndose tras las columnas de los portales. Lo vio recoger algo en el rosal y cuando se encontraron a mitad de calle, Lorenzo, con los ojos pesados de rabia y de ganas de llorar, le dio una foto de la hija.

— Algún cabrón tiene el álbum y mira lo que está haciendo.

La figura de la hija había sido recortada, arrancada de todo el contorno de la foto.

— A ver ahora qué carajo quieren, qué es esto.

Cuando llegaron al portal de la casa encontraron otra foto de la hija. Esta no había sido recortada y mostraba a la niña de cuerpo entero recostada contra el marco de la puerta de la calle. Eloísa la recogió llorando y Lorenzo dio un portazo.

— Mira que hay cabrones, qué necesidad tienen de hacer mierdas así.

Desde ese día durmieron vestidos de pijama, con las ventanas cerradas y pasando la tranca de las puertas. Después de varias noches de calor Lorenzo determinó que nadie lo haría dormir sudando dentro de su propia casa. Entonces abrieron las ventanas a las nuevas brisas del mar y Lorenzo volvió a acostarse en calzoncillos o en cueros, aunque siempre con el machete debajo de la almohada.

— Si vienen, mejor, así acabamos esto de una vez. O se joden ellos o me jodo yo, pero así ya salimos de este asunto. Esto no puede seguir así.

Durante tres días seguidos recibieron instrucciones de donde encontrar fotos de la hija. Recortadas, recuperaron fotos de la niñez, de adolescente y de casada. La primera otra vez en el rosal del parque, la segunda frente a la panadería El Louvre que ahora estaba en las afueras del pueblo, la tercera en la cremería que antes había sido la iglesia. Con cada foto aumentaba la zozobra y el desánimo los cundía al no tener forma de saber por cuanto tiempo se prolongaría ese juego macabro de recuperar fotos mutiladas. No recibieron noticia alguna durante una semana hasta que volvieron las notas con el mismo ciclo de infancia, adolescencia y matrimonio. La primera foto en otro punto del parque, la segunda frente al cine que ahora era la escuela.

Por miedo a acudir a la policía, Lorenzo consultó a Rolando Wong, un viejo amigo que los había ayudado con la traducción de los documentos de su hija cuando ella quiso salir del país. Wong miró las fotos, pensó, recorrió la sala de punta a cabo varias veces y al final le dijo:

— Chico, la verdad es que yo a esto no le veo ni pies ni cabeza. Fotos

recortadas, dos en el parque, otras frente a la panadería y otros lugares. Eso no quiere decir que no estén planeando algo, pero con esto que me traes, la verdad es que no te puedo decir nada. No sé que quieren. ¿Te han pedido algo, dinero, ropa, algo?

— Hasta ahora no.

— Entonces no sé qué es esto. Cabrones que se aprovechan de todo esto para salirse con sus ganas de joder. Lo único que puedes hacer es esperar. Esperar y ver qué pasa.

En el camino a la casa Lorenzo repasó las fotos y los lugares donde las habían dejado. A partir de esa noche, como muestra de determinación y de voluntad, se sentaron en el portal a tomar el fresco para que ni la mutación ni los mutiladores de fotos les robaran esa satisfacción de siempre. En el portal repasaron de nuevo las fotos y Lorenzo refirió su conversación con Rolando Wong. A mitad de una oración miró a Eloísa a los ojos y lo sacudió la certeza de haber descubierto lo que creyó ser una clave. Las fotos de infancia aparecidas en el parque habían sido tomadas en el parque y ése era el contorno que había sido recortado. La que encontraron en la cremería había sido tomada frente a la iglesia que era el lugar donde ahora estaba la cremería. Quienes tuvieran el álbum recortaban la figura de la hija del entorno de la foto y la dejaban en los lugares que correspondían a la distribución de Tequesta antes de la mutación. Los dos pensaron lo mismo a la misma vez porque se levantaron corriendo y revolvieron toda la casa buscando papeles y lápices.

Ayúdame a pensar, ayúdame a pensar, decía Lorenzo inclinado sobre los papeles trazando calles, manzanas, barrios completos según lo mejor que podían recordar. Esto no se lo podemos decir a nadie. No vamos ni a pedir un mapa del pueblo. No nos lo darían, pero ni aunque nos lo dieran lo íbamos a pedir porque esto no lo puede saber nadie. Nadie.

Durante varios días trazaron un mapa de la antigua Tequesta. Con la ayuda del plano, el recuerdo de las fotos y mucha suerte, intentarían anticipar los lugares donde los secuestradores del álbum pudieran dejar otras fotos. Más de una vez Lorenzo despertó a Eloísa a media noche para decirle que estaba convencido que la próxima foto aparecería en el parque, o frente a la panadería, o en los portales del cine El Carral. A la mañana Lorenzo salía sin tomarse el café y Eloísa se escondía entre las cortinas a vigilar a los transeúntes. Sin quitarle la vista al rosal al pie de la estatua, Lorenzo hacía la cola de la cremería o se mezclaba entre la gente que esperaba la guagua. En la cafetería de la esquina del parque se pasaba horas tomando agua con hielo o estirando un vaso de jugo. De repente pensaba que el parque era sólo una trampa y que en ese mismo momento los ladrones podrían estar a dos calles de allí dejando una foto frente a la panadería o al pie de la vidriera de una tienda. Entonces caminaba hasta la calle en la que imaginó a los ladrones y la recorría varias veces lentamente, mirando a todas partes, disimulando su mirada descompuesta. Sin suerte, regresaba al jugo de la cafetería y con cada sorbo estudiaba las caras que lo rodeaban. ¿Estarán aquí estos cabrones? Las risas, las conversaciones, la entrada y salida de la gente dejaron de ser actos simples y se perdieron en la

niebla de la sospecha y la duplicidad.

Al hacer el mapa, los abrumaban los vacíos según se alejaban de las calles céntricas o de las cercanas a su antiguo barrio. Trastocaban los locales públicos que les servían de puntos de referencia. A veces se pasaban media hora tratando de establecer con precisión dónde había estado la florería El Gladiolo o quién había vivido al lado de la tienda Los Precios Fijos o dónde habían retratado a la hija con el pañuelo rojo o con la bata de flores. Después de muchos repasos inútiles llegaron a la conclusión de que vivir en un lugar equivalía a no verlo.

Por las noches, con la vista cansada de ajustar el mapa, se sentaban en el portal a ver la gente pasearse o a conversar sobre las nuevas rutas de los ómnibus que ahora pasaban por el frente de la casa. Una de esas noches decidieron no continuar con el mapa. Era imposible e inútil. Lo único que podrían hacer era recuperar las fotos al ritmo brutal que los recortadores decidieran y tal vez así seguir componiendo el mapa como pudieran.

Después de unos días sin señal alguna de los poseedores del álbum una señora mayor tocó a la puerta. Venía desde lo que ahora era el otro lado de Tequesta y les contó como el álbum de fotos había amanecido en su casa la mañana de la mutación. No supo qué hacer con el álbum hasta que leyó el anuncio en el periódico. Dos o tres días después salió para devolverlo. Perdió casi toda la mañana en ómnibus equivocados porque las rutas de la otra Tequesta no servían para la nueva. En el último que montó supo de boca de un hombre que decía haber recorrido Tequesta de punta a cabo, que ahora estaban en una isla. Se lo decía a todo el que se le sentaba al lado: Ahora sí que de verdad esto es una isla.

Tras dos o tres transferencias inútiles la señora se había bajado en el parque central dispuesta a ir caminando. Fue entonces que vio la cola de la dulcería, que ahora estaba donde el antiguo dispensario médico, y se puso en fila para comprar los dulces que estaban a la venta sin libreta de abastecimiento. Alguien se metió en la cola muy cerca de la entrada provocando un molote y una gritería violentísima que terminó en una pelea. La cola retrocedió apartándose de los que peleaban y ella se cayó. Cuando la ayudaron a ponerse de pie ya no tenía el álbum y no sabía quien se lo había llevado. Pero ella lo había mirado y eran unas fotos muy lindas, las de la boda y también las de niñas, fotos en muchos lugares del pueblo. Colaron café y terminaron hablando de la historia de las fotos y del deseo de recuperar el álbum. Eloísa le enseñó el que iba componiendo con las fotos recortadas que recuperaba según los antojos de los ocultos poseedores. A pesar del blanco y negro, la hija recortada dejaba de estar en una foto de familia y aparecía con el aire arbitrario que tienen las fotos de las revistas.

Leyendo el periódico en el portal, Lorenzo y Eloísa se enteraron de tres noticias que ya circulaban en boca del rumor. Las dos primeras eran de índole policial. La tercera relataba una inverosímil curiosidad literaria. La policía había descubierto al grupo de vecinos en cuyas casas amanecieron las sillas y las mesas del restaurante El Faro. Fueron detenidos cuando recorrían el sur de Tequesta vendiendo los muebles en bolsa negra y capas de agua hechas con el

hule de los manteles. Junto al improvisado muelle había aparecido el cuerpo apuñalado de una mujer joven, Damila Losada. Se desconocían la causa y el asesino, pero la gente conjeturaba que un fatal cruce de cartas era el origen de ese crimen pasional. Un magnífico escritor extranjero que residía en Tequesta comprobó que en el revoltillo de papeles que era su despacho, la carpeta que había guardado su último manuscrito, una novela que contaba el lado oscuro y antiheroico de un famoso guerrero, albergaba ahora un relato que celebraba las acciones de otro guerrero igualmente famoso.

La mutación le había dado tema a los cronistas locales. Se hablaba de como los trovadores encontraban que sus cantos hacían referencias, ahora inválidas, a las lomas de Tequesta que ya no estaban en las cercanías del pueblo “abrazándolo”, como había dicho un poeta local. Las referencias al paisaje y a la vegetación en las canciones de antes se habían quedado colgando, cantos de una mitología bruscamente irrelevante. Ninguna aludía al mar que ahora estaba tan cerca y por todas partes, ni a la ciudad que les quedaba en frente, al otro lado del paso de mar, como una masa gris por el día y un cúmulo de luces palpitantes en la noche. En cuanto una lancha comenzó el servicio regular entre Tequesta y la ciudad en la costa, el parque de Tequesta se convirtió de una semana a otra en un lugar de reunión de viejos. Los estudiantes de secundaria preferían tomar la lancha, irse a la ciudad, y hablaban de sus excursiones, del cine y de los paseos por otros parques los sábados en la noche.

Al cabo de semanas, Lorenzo y Eloísa habían recuperado casi la mitad de las fotos. Las colocaban en el álbum y con la yema de los dedos acariciaban el corte brusco que las tijeras dejaban a pocos milímetros de los brazos, de las piernas, de los varios peinados de su hija. Con cada foto devuelta, Lorenzo sentía la rabia corroerle los órganos internos. Salía al patio y con el machete cortaba violentamente los gajos de las matas, se daba planazos de furia en las pantorrillas, en los costados de los muslos.

Una noche oían la radio cuando una pedrada en el portal los sacudió. Junto a uno de los sillones vieron un sobre blanco en cuyo interior había una piedra y otra nota mecanografiada. Otra vez en el parque, en el mismo lugar. Los encegueció la desvergüenza de gente que no sólo destrozaban el álbum de su hija sino que se paseaban por el frente de su casa anunciando a pedradas el paradero de las fotos.

Los dos salieron a toda prisa para el parque. Eloísa iba llorando y Jacinto maldecía con la furia de los insultos que tienen un destinatario que se oculta. Junto al rosal vieron una caja de zapatos y el corazón les dio un vuelco porque creyeron que, tal vez cansados ya, los ladrones les habían devuelto el resto de las fotos. Abrieron la caja con tal nerviosismo que regaron su contenido sobre la hierba del parque: el resto de las fotos, pero sin la imagen de la hija. Sólo contornos y huecos. Se sentaron a llorar como niños en el banco más cercano. No pudieron levantarse hasta que la lluvia los forzó a buscar resguardo en los portales frente al parque. Siguieron caminando hasta la casa intercambiándose la caja, porque cada cual pensó poder llevarla con más cuidado y delicadeza que el otro.

Esa noche fueron a guardar los recortes en el álbum de retazos que poco a poco iban armando y descubrieron entonces que el album faltaba otra vez. No se explicaron la pérdida hasta que recordaron que en la tarde, al salir intempestivamente para el parque, habían dejado las puertas abiertas. Los mutiladores de fotos habían entrado a la casa y ellos, por segunda vez, habían sido desposeídos del álbum.

Esto no tiene fin, gritaba Lorenzo dando puñetazos en la mesa. ¿Qué es esto, qué carajo es esto?

Desganados, prepararon la comida de la noche y se sentaron a mirarse en silencio sin tocar los platos.

—Nada, no sabemos nada, ni se puede saber nada. Ni del conejo sabemos nada. ¿Dónde estará ese pobre animal? Con lo que Martica lo quería. ¿Tú crees que le hayan hecho algo?

Recogieron los platos y pusieron la radio porque no sabían que otra cosa hacer y porque las conversaciones se habían adelgazado hasta quedarse sin tema. Lorenzo, que no era fumador, llegó a sentir que al hablar lo que salía de su boca tenía la misma existencia que el humo al alejarse de los labios de los fumadores desvaneciéndose en el aire. La música se confundía con la mala luz de los bombillos y Eloísa pensó que con el tiempo se vería forzada a hacer otro album con los recortes de fotos que le quedaban. En el portal, mirando al mar como una noche posada junto al pueblo, por miedo a hablar de lo que pudiera ocurrir, leyeron el periódico y escucharon los trozos de canciones que les llegaban entre el ruido de sus propios pensamientos, los ómnibus y los camiones. Una de las últimas guaguas pasó calle abajo y dejó olvidados el humo y el ronquido del motor, que se quedó revoloteando entre las paredes de las casas. La humareda llegó hasta el portal cuando la luz estaba ya muy sucia y se metió allí con la lentitud de un pájaro desconocido y nocturno. Las columnas del portal enmarcaron a Lorenzo y a Eloísa en una instantánea casera.